

Políticas de la traducción en José Martí. La formación de un canon

María Fernanda Pampín

Instituto de Literatura Hispanoamericana (FFyL, UBA) - Conicet

mfpampin@gmail.com

En la obra literaria de José Martí se reúnen el discurso teórico y la práctica de la traducción.¹ El siglo XIX fue un momento clave para la difusión de las traducciones en el mundo occidental, fenómeno del que los autores cubanos participan activamente, en tanto lo consideran un “vehículo de acercamiento a otras culturas”. Por este motivo, la publicación de traducciones realizadas en este período desempeña un papel decisivo en el proceso de formación de su literatura nacional (Arencibia Rodríguez 1998). Para ese entonces, no resultaba habitual que los traductores reflexionaran sobre su labor, en especial en el ámbito latinoamericano.² Sin embargo, la traducción ha sido motivo de intensas reflexiones teóricas para Martí, ya abordadas en un trabajo anterior (Pampín 2012).³

Las traducciones le permiten a Martí insertarse en el mercado laboral. No obstante, poseen una función adicional: difundir la literatura norteamericana en Latinoamérica. En uno de sus cuadernos de apuntes se halló un proyecto de libro que nunca llegó a escribir dedicado a los “norteamericanos”. Su propósito se reitera en la carta conocida como su testamento literario dirigida a Gonzalo de Quesada. Martí solicita a su amigo que organice dos volúmenes dedicados a políticos y autores estadounidenses. Incluiría sus más importantes ensayos sobre Ralph Emerson, Walt Whitman, la familia Alcott, el General Grant, aunque también estudios menores como los que dedicó a Henry Longfellow o al presidente Garfield (*O.C.* 20: 477-478). Las traducciones de quienes –

¹ Una primera versión de este trabajo, mucho más acotada, fue presentada como ponencia en el IV Congreso Internacional de Literatura del CELEHIS (UNMDP) en noviembre de 2011 con el título “El oficio del traductor. Los mecanismos implícitos en el proceso de traducción en la obra de José Martí”. Esta ponencia amplía la cuestión de las políticas de la traducción que comencé a elaborar en el artículo “Ese don raro de asir la música y el espíritu de las lenguas. Los mecanismos implícitos en el proceso de traducción en la obra de José Martí” (Pampín 2012).

² Es preciso exceptuar a los autores del Romanticismo alemán, quienes se ocuparon tempranamente del discurso teórico sobre la traducción. Cfr. Derrida (1995).

³ En esa oportunidad estudiamos no sólo las traducciones realizadas por José Martí de los autores vinculados al círculo trascendentalista (y a la moderna poesía norteamericana) sino también sus reflexiones acerca de los mecanismos implícitos en el proceso de traducción. A partir de su definición en el sentido de que “traducir es transpensar”, hemos considerado el estilo de Martí en las traducciones y la nueva perspectiva que aporta a la obra original al mismo tiempo que revela que el resultado del proceso de traducción, para Martí, es un texto absolutamente nuevo en el que la recombinación de elementos redundante en beneficios para la obra original. Sus preocupaciones anticipan algunos de los núcleos principales de los que se ocuparán los estudios sobre la traducción y que surgirán recién a mediados del siglo XX y serán enriquecidos –y sistematizados– hacia 1980. Sostiene Carbonell i Cortés que “en los últimos treinta años, el área que estudia la teoría de la traducción se ha ampliado sustancialmente, desde estudios normativos a estudios descriptivos, desde una perspectiva lingüística hasta un nivel de estudio superior que abarca el contexto cultural en su conjunto”. Desde los años ochenta, en concreto, la teoría de la traducción se ha diversificado y se ha enriquecido con enfoques diferentes. Hay una tendencia en los estudios de traducción que analiza la traducción como producto; otra tendencia estudia la traducción como función social; otra más (la didáctica de la traducción) constituye un desarrollo normativo necesario en la teoría de la traducción. Pero en ocasiones hallamos que el término *traducción* se usa en un sentido más amplio y desde una perspectiva filosófica [traducción cultural] (Carbonell i Cortés 1997: 49-50). Martí se ha ocupado de cada una de estas cuestiones ya a fines del siglo XIX.

sea como precursores, fundadores o epígonos— estuvieron vinculados al círculo trascendentalista permiten reconstruir el proyecto martiano y pueden ser consideradas como una introducción a la literatura norteamericana dirigida especialmente al lector hispanoamericano (Fountain 2003a). Martí publica en *La Opinión Nacional* de Caracas sus dos ensayos sobre Emerson inmediatamente luego de su fallecimiento, así como los dos artículos sobre Longfellow, menos difundidos que los primeros, todos ellos en 1882. “El poeta Walt Whitman”, bastante posterior, publicado en *La Nación* de Buenos Aires en 1887, constituye la primera presentación en español sobre el autor, incluso antes de que su obra se difundiera en Francia.⁴ La traducción de la novela *Ramona* de Helen Hunt Jackson se distribuyó en América Latina al año siguiente. Martí ofició, por lo tanto, como presentador y verdadero descubridor de los autores para estos lectores, por los que siente incuestionables afinidades estéticas.⁵ El traductor cumple la función de formador de lectores y se presenta en Martí como un nexo entre autor y público lector.

Señala Rafael Rojas (2000) que Martí pudo reconocer la paradoja norteamericana que consiste en percibir una tensión en el centro de esa cultura: pese al desenfreno de la modernidad industrial y comercial, la vorágine de las grandes ciudades, la economía capitalista en expansión y el imperialismo incipiente en términos políticos, Martí encuentra una filosofía y poesía de extrañamiento refinamiento cuyos ejes eran las ideas de naturaleza y espíritu. El discurso del grupo de Concord representa para Martí la fuga de una modernidad arrolladora.

Hacia 1888, Martí reconoce su propio valor como traductor, lo que le permite difundir las obras que considera imprescindibles en la literatura norteamericana de la época.⁶ Se encarga, luego, no solamente de las traducciones sino que implementa políticas de mercado para la difusión en la prensa: escribe adelantos para periódicos, difunde su prólogo, diseña anuncios de venta y se ocupa de hacer circular los textos y negociar las publicaciones a determinados puntos de Latinoamérica como México, Buenos Aires o Santiago de Chile, centros del mercado editorial y periodístico del momento. Por eso intercede, incluso, en la construcción de circuitos de venta de los libros: propone qué puede venderse en librerías, qué novela regalar con el periódico y, como otros escritores del fin de siglo en América Latina (Gutiérrez Najera, Casal), Martí manifiesta su preocupación por la falta de lectores en diversas oportunidades (Ramos 2003: 84-85).⁷ Martí cruza, una vez más, los límites. Las que en otros tiempos fueron reconocidas profesiones —editor, periodista, escritor o traductor— a fines del siglo XIX no pueden ya distinguirse. La correspondencia con su amigo Manuel Mercado a propósito de la inminente publicación de *Ramona* revela el proyecto martiano: “Ya he enviado prólogos, a manera de circular, a todos los periódicos y librerías de México, no de la

⁴ Rubén Darío, que accedió tempranamente al texto de Martí, dedicó a Whitman al año siguiente uno de sus Medallones de *Azul*. Whitman permaneció prácticamente sin traducir al español hasta 1912, momento en que se publicó una antología de *Hojas de hierba*, titulada *Poemas* y traducida por Armando Vasseur. La antología fue publicada en Valencia por F. Sempere y Compañía Editores, e incluye un prólogo del traductor. Hubo algunos pocos antecedentes a esta edición: el intento más destacado fue el de Miguel de Unamuno en 1906, quien tradujo algunos pocos poemas.

⁵ Este trabajo tiene en cuenta exclusivamente a las traducciones literarias de Martí. Para un estudio de las traducciones de textos periodísticos y político-diplomáticos, cfr. Arencibia Rodríguez (1998).

⁶ Martí traduce en 1875 *Mes fils*, de Victor Hugo, seguido por algunas obras de carácter didáctico y luego por *Misterio...* de Hugh Conway.

⁷ Cfr. Julio Ramos (2003) en torno a los límites entre literatura y periodismo a fines del siglo XIX y la creciente profesionalización del escritor en América Latina.

capital sólo, sino de todas las ciudades del interior donde es probable la venta. En cuanto tenga ejemplares listos, enviaré uno, solicitando anuncio y juicio, a los periódicos y librerías principales” (O.C. 20: 129). Martí costea personalmente la edición de *Ramona*, que constituye el comienzo de un proyecto editorial de carácter masivo, popular y latinoamericano.⁸ Su labor excede el mero oficio de traductor al construir un potente y estrecho vínculo entre autor, traductor y público. Los resultados de su exhaustiva tarea de difusión no se hacen esperar.⁹

El fenómeno de las traducciones en Martí es bien complejo en la medida que reconfigura el eje de lecturas en América Latina debido a que construye, por vez primera, un canon norteamericano para el acotado –aunque en decidida expansión– público lector de fines del siglo XIX latinoamericano, del que se apropiarán también, consecuentemente, los escritores. Martí decide qué leer y cómo leerlo.

En oportunidades anteriores nos ocupamos de los dos espacios principales que utiliza Martí para la conformación de este canon: la revista *La Edad de Oro* en la que traduce poemas de Emerson y Jackson y sus envíos como corresponsal en los periódicos latinoamericanos (Pampín 2012). En esta serie de textos, de enorme influencia sobre los escritores latinoamericanos, Martí comprende la traducción no solamente como posibilidad creativa para el traductor sino como posibilidad de conocimiento para el lector: la traducción amplía la capacidad para explorar a través de la literatura las ideas y los sentimientos de otra sociedad y tal vez de otra época (Grossman 2011).

Al poner al alcance del lector latinoamericano una parte significativa de la literatura norteamericana en español, Martí también se desvía de las arraigadas tradiciones europeas, en tanto revela una “posición ventajosa de América con respecto a Europa para crear lo nuevo” (Bonfiglio 2005). No obstante, esta suerte de desviación –que no usamos en un sentido negativo sino como forma de desorientación, de desvío de la atención hacia otras literaturas– no implica en absoluto un rechazo de la literatura universal, de la que Martí fue un ávido lector y difusor, sino el establecimiento de prioridades de lectura bajo la perspectiva más amplia de hallar la autonomía cultural americana a la que hacía referencia Ballón (1986). Con idéntico propósito, y previo a su arribo a Nueva York, en la presentación del primer número de la *Revista Venezolana* (julio de 1881) Martí define los objetivos de la publicación y declara que la revista viene a

descubrir con celo de geógrafo, los orígenes de la poesía de nuestro mundo, cuyos cauces y manantiales genuinos, más propios y más hondos que los de poesía alguna sabida, no se esconden por cierto en esos libros pálidos y entecos que nos vienen de tierras fatigadas. [...] Aposento natural tiene en la *Revista Venezolana* todo pensamiento americano; y cuanto al bien de nuestras tierras, y a auxiliarlas y a formar conceptos propios y altos contribuya. (O.C. 10: 198-199)

Martí insiste en mantener una oposición entre la vieja Europa, de “tierras fatigadas” y “tradiciones anquilosadas”, y la joven y productiva América, con la cual se identifica.

⁸ Pese a que el libro logró reimprimirse ocho meses después de su lanzamiento y Martí distribuyó la obra en Nueva York y, posteriormente en México y en Buenos Aires, los resultados de las ventas no alcanzaron las altas expectativas de Martí y, por lo tanto, el proyecto editorial concluyó en el primer volumen que lo inició.

⁹ El 8 de agosto de 1888 *El Avisador Cubano* de Nueva York anuncia el lanzamiento de la novela *La Nación* de Buenos Aires también recoge la noticia y el 14 de noviembre de 1888 le dedica la tapa (López Mesa 2007).

En este sentido, Ángel Rama destaca las advertencias martianas sobre la “presunta incapacidad creativa que en la época caracterizaría a Francia, lo que debe ponerse a la cuenta de la visión ilustrada en que se formó y de las dificultades que debido a ello debió enfrentar para apreciar la originalidad de las nuevas corrientes” (Rama 1985: 49), a las que pudo acercarse Martí hacia finales de la década de 1880. A partir de sus lecturas norteamericanas Martí resquebraja el sistema tanto literario como filosófico en Latinoamérica, basado en ese período en una tradición de origen predominantemente francés.¹⁰

La literatura norteamericana representa para Martí la posibilidad de lo nuevo. En la crónica dedicada a la visita de Oscar Wilde a los salones de Chickering Hall (publicada inicialmente en *El Almendares* de La Habana en enero de 1882 y reproducida en *La Nación* el 10 de diciembre del mismo año) Martí pone en voz de Wilde un provocativo discurso, y afirma así que solamente del pueblo norteamericano “puede surgir el esplendor de una nueva imaginación y la maravilla de alguna nueva libertad”, ya que al tratarse de un pueblo nuevo no se obliga a mantener antiguas tradiciones e instituciones (*O.C.* 15: 366). Pocos años más tarde, Martí describe la poética de Whitman en el ensayo que le dedica y señala la necesidad de construir una nueva literatura.

La literatura que anuncie y propague el concierto final y dichoso de las contradicciones aparentes; la literatura que, como espontáneo consejo y enseñanza de la Naturaleza, promulgue la identidad en una paz superior de los dogmas y pasiones rivales que en el estado elemental de los pueblos los dividen y ensangrientan; la literatura que inculque en el espíritu espantadizo de los hombres una convicción tan arraigada de la justicia y belleza definitivas que las penurias y fealdades de la existencia no las descorazonen ni acibaren, no sólo revelará un estado social más cercano a la perfección que todos los conocidos, sino que, hermanando felizmente la razón y la gracia, proveerá a la Humanidad, ansiosa de maravilla y de poesía, con la religión que confusamente aguarda desde que conoció la oquedad e insuficiencia de sus antiguos credos. (*O.C.* 13: 135)

Inmediatamente después de hacer explícitos los postulados de esa nueva literatura, Martí concede a la poesía una función social y añade que la poesía fortalece a los pueblos a partir de un poder especial de congregación, de aquí su necesidad en el desarrollo de la humanidad. La nueva poesía de Whitman y Emerson requiere un lenguaje y una forma nueva que puedan expresar la renovación del hombre: debido a que responde a una necesidad de cambio, la nueva literatura procurará mirar hacia el futuro. La traducción literaria en la obra de Martí posee, en este sentido, una función que excede la lectura y/o el acceso a la literatura en alguna de las innumerables lenguas que el lector desconoce ya que la traducción contribuye a colocar en un lugar nuevo y diferente a la literatura norteamericana primero, y latinoamericana después, en el contexto mundial. Martí se interesó por la traducción en sus diferentes perspectivas,

¹⁰ Rama nota que “la imitación francesa fue tenaz y confesa en el modernismo, con el resultado paradójico que observó sagazmente Onís, de que es el momento en que estas (las letras hispánicas) logran liberarse de la influencia francesa dominante y casi única en los siglos XVIII y XIX. La bisagra en que esta liberación se alcanza parece ser ese año climático de 1893 y parece deberse a la introducción del simbolismo, a cuyas proposiciones estrictas ya no se entregan los poetas sino que las usan para reconquistar el donaire (y, por qué no? el desparpajo) de su criollidad”, según comentara Martí en el obituario que escribió al fallecimiento de Julián Del Casal (Rama 1985: 71). Rama señala, además, el año 1893 como el ingreso del simbolismo francés, la estética dominante del momento, en la literatura latinoamericana y su posterior desarrollo en los años siguientes (Rama 1985: 55).

esto es, como traductor pero también como autor, lector y editor, y fue este enfoque global el que le proporcionó los medios necesarios para planear una estrategia más amplia. Martí comprendió tempranamente que la traducción tenía una función fundamental en el desarrollo de las tradiciones literarias y en la formación de un canon.¹¹

A este deseo de transformación y de futuro que plantea Martí desde diversas perspectivas, Rama lo pone en relación con la declaración de Arthur Rimbaud “en el sentido de que hay que ser absolutamente modernos y universalistas”. Según Rama, Martí no encontraba escapatoria a la modernidad y al universalismo que ella acarrearba, por eso combatió desde los primeros números de la *Revista Venezolana* el provincianismo al que los escritores hispanoamericanos estaban acostumbrados. Frente a la preponderancia de la cultura francesa en el siglo XIX europeo, pero también latinoamericano, Martí comprende que la situación puede revertirse solamente ampliando los horizontes culturales y defendiendo el derecho a la cultura universal, por lo tanto, apela a un conocimiento que exceda el provincialismo cultural, estableciendo un diálogo constante y enriquecedor con distintas corrientes del pensamiento occidental. A partir de entonces, apunta Rama, “la internacionalización será el principio rector de la cultura latinoamericana” (Rama 1983: 97).¹² La mundialización de la literatura fue una dimensión de gran importancia en la modernidad decimonónica.

El hecho de que Martí estableciera un canon de autores norteamericanos –esto es, mediante traducciones, ensayos y decisiones editoriales–, requiere no solo tener en cuenta a sus lectores contemporáneos y futuros sobre los que, sin duda, incidió, sino, fundamentalmente, mirar hacia atrás: asumir el propio lugar en una tradición o lo que Edward Said (1985) denominaría como el proceso de hallar los comienzos. Resulta, pues, indispensable conocer desde dónde parte Martí y hacia dónde se dirige cuando elige una tradición intelectual anglosajona. El sugerente ensayo de Arcadio Díaz Quiñones *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición* (2006) reflexiona acerca de la importancia de establecer, en la instauración de una escritura, los comienzos de la formación de un intelectual e invita a cuestionarse cómo y para qué recupera Martí esa tradición. Díaz Quiñones señala:

En el principio de escritores caribeños como Hostos, Martí, C. L. R. James o Fanon, estaba el exilio, con todas sus pérdidas y dificultades, pero potencialmente también un mundo de experiencias más amplias. Los exilios de los intelectuales que vienen del mundo colonial llevan, como plantea Said, a inventar formas de convivencia, a la búsqueda de aliados en las metrópolis, y a la construcción de nexos con los países de origen. (46)

¹¹ Las traducciones han tenido una importancia fundamental para la formación de los escritores modernistas. Rubén Darío fue un gran lector de traducciones y Julián del Casal tradujo textos de la literatura francesa (Charles Baudelaire, Catulle Mendès, Guy de Maupassant). La revista *La Habana Elegante*, uno de los principales órganos del modernismo en el que participaron Manuel Gutiérrez Nájera, Rubén Darío y Julián del Casal, se ocupó de traducir y reseñar en sus páginas la literatura francesa de la época (cfr. Schnirmajer 2012).

¹² Rama remite al interés universalista que manifiestan las obras de Eugenio María de Hostos, Baldomero Sanín Cano y Manuel González Prada. A pesar del legítimo intento de Rama de relacionar a Martí con sus pares europeos contemporáneos, es preciso, también, establecer relaciones entre la modernidad y el proceso de modernización en América Latina y en los Estados Unidos ya que Martí lee en ese momento, y fundamentalmente, la tradición anglosajona americana.

El decisivo encuentro de Martí con la cultura norteamericana durante su largo exilio neoyorquino significó la reorientación de sus objetivos estéticos y políticos, y se diferenció por eso de la experiencia cultural vivida por otros escritores contemporáneos, especialmente los modernistas.

De esta búsqueda que emprende Martí surge, de inmediato, el reconocimiento de una tensión en su obra: si por un lado se esfuerza por marcar una distancia con “lo norteamericano”, según la paradoja a la que aludiera Rafael Rojas, por otra parte, establece fuertes lazos con sus tradiciones literarias y filosóficas (vinculadas principalmente con los autores que gravitaron en torno al círculo trascendentalista), que se tornan bien evidentes tanto en las reflexiones teóricas como en la práctica de la traducción. De aquí se originaron lo que hemos denominado las políticas martianas de la traducción, que incluyen los criterios de selección y organización del corpus traducido y que no responden estrictamente a la pregunta sobre cómo se traduce, sino esencialmente a conocer qué se traduce y dónde se publica, teniendo en cuenta, además, la inclusión de textos a modos de prólogo, cartas, presentaciones de publicaciones periódicas, estrategias de publicidad y diseño de anuncios de venta, elaboración de colecciones literarias y publicación de revistas que elaboró Martí ya sea como traductor, autor o editor y cuyo aporte principal fue la constitución deliberada de un canon norteamericano de insospechado alcance y repercusión en los escritores y lectores latinoamericanos durante las últimas décadas del siglo XIX e inicios del siglo XX.

Referencias bibliográficas

Arencibia Rodríguez, Lourdes. “Un traductor llamado José Martí: una valoración necesaria”. *Temas* 15 (1998): 96-108.

Ballón, José. *Autonomía cultural americana: Emerson y Martí*. Madrid: Pliegos, 1986.

Bonfiglio, Florencia. “La máscara involuntaria de José Martí: la construcción del sujeto a través de la lectura de los otros”. *Orbis Tertius* x 11 (2005): 97-108.

Carbonell i Cortés, Ovidi. *Traducir al otro. Traducción, exotismo, poscolonialismo*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.

Del Casal, Julián. *Flores de invernadero. Prosa y poesía*. Selección y prólogo de Ariela Schnirmajer. Buenos Aires: Corregidor, 2012.

Derrida, Jacques. “Teología de la traducción”. *El lenguaje y las instituciones filosóficas*. Barcelona: Paidós, 1995.

Díaz Quiñones, Arcadio. *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2006.

Fountain, Anne. “Autores estadounidenses asumidos por Martí”. En Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez (coord.), *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*. José Martí: Edición crítica. Conaculta: FCE, 2003.

_____. *José Martí and U.S. Writers*. Gainesville: University Press of Florida, 2003.

Grossman, Edith. *Por qué la traducción importa*. Buenos Aires: Katz Editores: 2011.

López Mesa, Enrique. “Un documento y un libro: el proyecto editorial de José Martí”. *Temas* 50-51 (2007): 184-193.

Martí, José. *Obras Completas*, 27 tomos. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1991.

Pampín, María Fernanda. “Ese don raro de asir la música y el espíritu de las lenguas. Los mecanismos implícitos en el proceso de traducción en la obra de José Martí”. *Anclajes* XVI.2, Instituto de Análisis Semiótico del Discurso, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa (2012): 59-71.

_____. “La idea de naturaleza y el discurso trascendentalista en *Ismaelillo* y en *La Edad de Oro* de José Martí”. *Poéticas y políticas de la travesía*. Hernán Biscayart (comp.), Buenos Aires: Instituto de Literatura Hispanoamericana, FFyL, UBA, 2012. [En prensa].

Rama, Ángel. “José Martí en el eje de la modernización poética: Whitman, Lautréamont, Rimbaud”. *Nueva Revista de Filología Hispánica* XXXII, 1983, pp. 96-135.

_____. *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1985.

Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: FCE, 2003.

Rojas, Rafael. “Las entrañas del monstruo”. En *José Martí: la invención de Cuba*. Madrid: Colibrí, 2000, pp. 49-67.

Said, Edward. *Beginnings: Intention and Method*. Nueva York: Columbia University Press, 1985.

Whitman, Walt. *Poemas*. Traducción y prólogo Armando Vasseur. Valencia: F. Sempere y Compañía Editores, 1912.